

**William EASTERLY, *En busca del crecimiento. Andanzas y tribulaciones de los economistas del desarrollo*, Antoni Bosch, Barcelona, 2003, 344 pp.**

El libro que nos ocupa, cuyo autor es profesor de economía en la New York University y editor del *Journal of Development Economics*, afronta un tema crucial para la historia económica: explicar por qué persiste la pobreza en buena parte del globo. La respuesta de Easterly va a contracorriente en una época en que las explicaciones de tipo weberiano han reconquistado a grandes maestros como Landes. La tesis del ex-empleado del Banco Mundial, netamente materialista, viene formulada con gran nitidez: la gente es productiva cuando se le paga; los pobres siguen en su condición por que en sus economías no existen los incentivos adecuados para romper con la miseria. El método para validar la teoría se basa en dos grandes ejercicios correspondientes a las partes segunda y tercera del libro. El primero revisa y refuta interpretaciones usuales sobre los orígenes del subdesarrollo a base de evidencia empírica acumulativa, referida a países en vías de desarrollo y especialmente a África. El segundo presenta un nuevo conjunto de evidencias del mismo tipo para construir el paradigma alternativo, sustentado en la idea que la gente responde a los incentivos.

El primer lugar común a desmontar es que el desarrollo sea antes que nada un problema de acelerar la formación de capital y especialmente a base de ayuda exterior. Easterly carga contra Harrod-Domar, Lewis y Rostow. Los argumentos son de dos tipos: el caso de Ghana y las correlaciones estadísticas.

La Ghana de Nkrumah fue el primer nuevo estado africano en proclamar la independencia en 1957. Durante los años anteriores había disfrutado de notable autonomía en el seno del imperio británico y contaba con escuelas e infraestructuras relativamente buenas. Suministraba dos tercios del cacao del mundo. Con la independencia, los esfuerzos se centraron en un gran proyecto de formación de capital en el río Volta: uno de los mayores embalses del mundo daría hidroelectricidad para transformar bauxita en alúmina y aluminio, fabricar sosa cáustica y mover los ferrocarriles; además, el lago artificial sería la base de proyectos de irrigación a gran escala y del surgimiento de una nueva industria pesquera. En 1966 Nkrumah fue derrocado por los militares. En 1982 todavía no había ninguna mina de bauxita, ni refinería de alúmina, ni planta de sosa cáustica, ni ferrocarriles. La fundición de aluminio operaba con alúmina importada y electricidad subvencionada. 80.000 personas habían perdido sus casas con la construcción del pantano y en la zona proliferaban el paludismo y la esquistosmiasis. Durante los años noventa el PIB per capita de Ghana llegó a ser inferior al de 1950.

Podemos objetar que un caso no prueba nada y que otros accidentes históricos de la ex-colonia británica pudieron ser determinantes. Pero Easterly va más lejos e intenta contrastar la relación existente entre crecimiento e inversión a corto plazo, operando con muestras amplias superiores al centenar de países. No encuentra relación estadística entre

el crecimiento de un cuatrienio y la inversión del cuatrienio anterior. Concluye que a largo plazo la acumulación de máquinas va junto con el crecimiento, pero no es la fuerza causal, papel que atribuye a la tecnología.

Easterly también discute el modelo de Solow que presupone rendimientos decrecientes en la acumulación de uno solo de los factores de producción. Rechaza la hipótesis de la tendencia a la convergencia a escala planetaria y en cambio es partidario de la tesis de Paul Romer. Easterly da por buena la conclusión que saca este último sobre la inexistencia de rendimientos decrecientes a la acumulación de capital a partir de la constatación de que los países más pobres crecieron en la posguerra más lentamente que los ricos. En mi opinión Easterly peca aquí de simplismo puesto que los análisis econométricos más recientes tienden a condicionar la convergencia, aceptando que los rendimientos decrecientes a la acumulación de capital pueden ser contrarrestados por otras fuerzas. Sin embargo, el carácter de bien público de la tecnología sigue operando en favor de la convergencia.

Más de acuerdo debe estarse con el capítulo en que el economista del desarrollo refuta el tópico del papel determinante de la escolarización en el crecimiento. Easterly subraya que son muchos los estudios que han obtenido la falta de relación entre escolaridad y crecimiento del PIB. Insiste en que países africanos de rápido crecimiento en capital humano desde 1960 (como Angola, Mozambique, Ghana, Zambia, Madagascar, Sudán y Senegal) tuvieron desastrosos resultados en términos de crecimiento económico. El autor multiplica las evidencias, incluso dejando de lado al continente negro. En el campo interpretativo apunta que si el crecimiento del capital humano fuese el que empuja al PIB, las economías de rápido crecimiento exhibirían un capital humano en franca progresión. Los trabajadores jóvenes, con mucho mayor capital humano, deberían cobrar más que los viejos. La realidad suele ser la contraria: los trabajadores de mayor edad reciben salarios superiores cuando se crece rápido.

Easterly también discute el resultado habitual en los modelos de crecimiento de existencia de una relación inversa entre impulso demográfico y dinamismo del producto per cápita. Señala que el crecimiento de la población y el desarrollo se han acelerado a largo plazo. El crecimiento demográfico no varía tanto entre países como para explicar los cambios en el crecimiento per cápita. Desde 1960 la expansión poblacional del Tercer Mundo se ha reducido en medio punto sin que ello haya resultado en una nítida progresión de los niveles de vida. Entre Malthus y Boserup, Easterly piensa que la evidencia histórica ha dado razón a la segunda: una población inicial mayor permite más creación de ideas y facilita el reparto del coste de su implementación. El profesor neoyorkino presenta la transición demográfica como consecuencia de la revolución industrial y el desarrollo como el mejor anticonceptivo.

Un capítulo particularmente convincente es el que examina los resultados de los préstamos de ajuste concedidos desde los países industriales a partir de la crisis de la deuda que estalló con el fin de semana mejicano de agosto de 1982. La explosión de los créditos del FMI y del Banco Mundial durante los años ochenta y noventa coincidió con una brutal caída de los ritmos de crecimiento en África, América Latina, Oriente Próximo y Europa Oriental. En la mitad de los países que tuvieron acuerdos con el FMI la inflación bajó, pero en la otra mitad subió: «Esto es tener tanto éxito como acertar la mitad de las

veces el resultado de echar una moneda al aire». Zaire, Bangladesh, Liberia, Haití, Paraguay, Guyana e Indonesia fueron evaluados como los países en desarrollo más corruptos. Sin embargo, recibieron 46 préstamos de ajuste de los dos prestamistas en última instancia. Easterly remacha que un gobierno que roba al futuro endeudándose, seguirá haciéndolo si le dan más medios. Fue el caso de la venta de empresas públicas rentables como el petróleo de Nigeria o el recorte de las inversiones en telecomunicaciones de numerosos estados africanos.

A nivel de grandes muestras, la comparación de un índice de ortodoxia en política económica (promedio de las variables déficit público, inflación, desarrollo financiero y diferencial del mercado negro de divisas) con la financiación al desarrollo obtenida durante los años ochenta, arrojaba ausencia de relación entre ambas variables. También la condonación de deudas sale malparada. Desde 1989 y analizando una muestra de 41 países endeudados de bajo ingreso, Easterly obtuvo una relación estadísticamente significativa señalando que los que obtuvieron una mayor reducción de la deuda, volvieron a endeudarse más. Además, hipotecaron todavía más el futuro a través de las privatizaciones de empresas públicas (durante 1988-97 el valor oficial de las ventas de activos públicos en los países altamente endeudados ascendió a 4.000 millones de dólares).

Otro caso viene a actuar como ilustración reveladora. Costa de Marfil obtuvo en 1997 un flujo de ayuda per capita más de 1.000 veces superior al de la India. Durante 1979-98 el gobierno había registrado un déficit superior al 10 por ciento del PIB. En los setenta el gobierno se benefició de los buenos precios del café y del cacao pero el monopolio gubernamental que lo adquiría pagaba sólo el 60 y el 50 por ciento de su valor internacional a los agricultores. Cuando a partir de 1979 los precios capotaron, el gobierno entró en la espiral de endeudamiento. El exceso de gasto y un tipo de cambio fijo llevó a la apreciación de la divisa en términos reales y a la sobrevaloración de la misma, reforzando el déficit exterior. Pero el Banco Mundial, FMI y la ex-metrópoli colonial, Francia, siguieron financiando al país africano. En 1998 la moneda seguía sobrevalorada en un 35 por ciento. ¡El país facturaba a los donantes de ayuda 2.400 dólares por una báscula de bebé que costaba 40!

Después de poner en apuros a muchos de los tópicos de la teoría del crecimiento y la práctica del desarrollo, Easterly intenta sentar las bases de su interpretación alternativa sobre las raíces de la pobreza en los rendimientos crecientes de Romer. Parte de la base que no existen rendimientos decrecientes a la acumulación de capital porque la gente puede acumular capital tecnológico, es decir, conocimiento sobre nuevas tecnologías que economizan trabajo. Creo que ahí se equivoca. Si echamos mano del viejo principio, diez vagones no hacen una locomotora. El paso del noveno al décimo vagón es acumulación de capital. Del décimo a la locomotora es tecnología.

En cambio, los historiadores de la industrialización estamos obligados a compartir el énfasis de Easterly en la tecnología. Insiste en las virtudes de la misma: su conocimiento puede difundirse fácilmente entre personas y alcanza el máximo potencial cuando personas cualificadas se asocian entre sí. Parece muy acertada su insistencia en que la difusión del conocimiento establece una distinción entre beneficios sociales y privados. Los sociales dan lugar a rendimientos crecientes, los últimos no.

Un nuevo caso permite presentar evidencia de la dicotomía entre rendimientos sociales y privados. Bangladesh llegó a ser exportador de confección gracias a que Daewoo buscaba un socio para evadir los contingentes a la importación impuestos por Estados Unidos y Europa a Corea. Una empresa bengalí, Desh, llegó a un acuerdo con la empresa coreana para formar a sus trabajadores en la confección de camisas a cambio de una regalía del 8 por ciento sobre las futuras ventas. El gobierno de Bangladesh apoyó al proyecto con el sistema de zona franca, que permitía importar inputs libres de impuestos. La legislación de zona franca contaba con precedente en Corea, y Desh y el gobierno se beneficiaron de la transferencia del conocimiento desde Daewoo. Ésta y el socio bengalí firmaron su acuerdo en 1979. Desh y otras empresas fundadas por sus antiguos trabajadores han acabado exportando confección por valor de 2.000 millones de dólares. El creador de Desh no capturó todos los beneficios generados por la nueva industria. Pero Bangladesh, al convertirse en gran exportador de manufacturas, sí. El caso no es sólo sugerente como revelador de los rendimientos sociales crecientes a la inversión en conocimiento. Si cambiamos Desh por SEAT, Daewoo por FIAT, Bangladesh por INI e industria de la confección por automóvil, tenemos algunas de las claves del despegue de la principal industria hispana del siglo XX.

Easterly también acierta al subrayar el rasgo de complementariedad de la inversión en conocimiento tecnológico. La productividad de un trabajador depende de sus compañeros de cadena. El salario de una persona cualificada es mayor en una ciudad donde hay trabajadores con habilidades complementarias que en un lugar en que la cualificación no se valora. El argumento queda cerca de los fundamentos del distrito marshalliano y lejos del simplismo neoclásico. Un hombre cualificado en una mala localización tiene poco futuro y, por tanto, invertirá poco en su formación. Las trampas de la pobreza suelen resistirse al paso del tiempo, ya sean negros del Mississippi, mayas del Yucatán o italianos del Mezzogiorno. El invertir en esta zona es mal negocio tanto para individuos como empresas. Sólo las políticas estatales (caso Bangladesh) pueden contribuir a mejorar los incentivos para adoptar nuevas tecnologías y romper el círculo. Y no siempre. La adopción de nueva tecnología provoca destrucción creativa de tipo schumpeteriano y frecuentemente genera obsolescencia de conocimientos anteriores.

Los casos de éxito elegidos por un buen conocedor del desarrollo revalorizan nuevamente el papel de la historia económica. Bangalore es hoy un Silicon Valley de Asia (aporta la mayoría de los 2.200 millones de dólares de software producidos en la India). Easterly explica el éxito por el Instituto Indio de Ciencias (1909) de Jamsetji Nasarwanji Tata y las inversiones en aeronáutica y electrónica de los gobiernos de la India independiente. Además cabría añadir que la familia Tata había sido pionera en la implantación de los vapores algodonereros ochocentistas y también erigió los primeros altos hornos, centrales eléctricas y fábricas de autos en el subcontinente. La última guerra mundial favoreció asimismo la construcción de aviones en la capital de Karnataka.

Easterly subraya que las barreras naturales e incluso la mala suerte, pueden operar en contra de la superación de la trampa de la pobreza en los países más pobres. Un desastre climático suele provocar consecuencias más dañinas y duraderas en un país pobre, al alejarse en mucho del umbral mínimo de renta necesario para entrar en una senda virtuosa de crecimiento. Un ejercicio que compara el crecimiento del mundo en 1960-75 y 1975-1990 pretende enfatizar el componente en buena parte aleatorio del crecimiento. Lo nor-

mal es que los que crecieron deprisa en un período, lo hicieran lentamente en el siguiente y viceversa. Las únicas excepciones fueron los tigres asiáticos de Corea, Taiwan, Hong-Kong y Singapur.

Aunque Easterly reconoce que sólo las políticas gubernamentales (tipo Bangladesh o Bangalore) pueden mejorar los incentivos para favorecer la superación de la trampa de la pobreza, el profesor de la New York University arremete virulentamente contra las políticas habituales de la mayoría de gobiernos de los países en vías de desarrollo. En el capítulo correspondiente multiplica las evidencias de cómo los gobiernos habitualmente han acabado con el crecimiento: elevadas inflaciones, penalización de los exportadores con tipos de cambio irrealistas, tipos de interés negativos, grandes déficits presupuestarios, barreras al comercio y deterioro de los servicios públicos. Volviendo al ejemplo inicial, parte del fracaso de Ghana tuvo mucho que ver con políticas erróneas. En 1982 tenía el récord mundial de diferencial cambiario de mercado negro (con un 4.624 por ciento). Ghana también quiso ensamblar sus propios automóviles a base de cerrar el mercado e importar piezas de Yugoslavia: el precio que pagaba por los componentes superaba el internacional del vehículo ensamblado. Con el análisis de muestras amplias de países y refiriéndose a un trabajo firmado conjuntamente con Ross Levine, Easterly apunta que los mayores déficits presupuestarios, rigidez financiera y diferencial cambiario en el mercado negro de África, explicaban cerca de la mitad de la diferencia de crecimiento con Asia Oriental a lo largo de tres décadas.

Easterly no rehuye el análisis de la corrupción, que tan fácilmente suelen olvidar los economistas. Un diferencial cambiario en el mercado negro permite, a quien goza de trato privilegiado con la administración, lograr fácilmente ganancias corruptas desviando dólares. Es por ello que los gobiernos que dificultan el libre comercio suelen ser más corruptos. Pero una administración de alta calidad organizada de forma meritocrática puede también operar como vacuna contra la corrupción. El grado de cumplimiento de los contratos es otro indicador de existencia de corrupción. La lucha contra la corrupción es una forma para mejorar los incentivos que tienen las personas para invertir en su formación y canalizar recursos hacia el desarrollo.

Antes de pasar a las conclusiones, el libro de Easterly concluye con un capítulo de máximo interés (y muy polémico) sobre las sociedades polarizadas. Su tesis es que las sociedades divididas luchan internamente por el «reparto del botín», mientras que aquellas «unidas por una cultura común y una clase media fuerte se establece el consenso para crecer».

El caso de Ghana vuelve aquí a reaparecer como hilo conductor del discurso. Su producción estrella, el cacao, se concentra en la zona de los ashanti. Nkrumah, de los akan, tradicionalmente enfrentados a los anteriores, impulsó ya en 1954 una ley para congelar el precio del cacao. Los ashanti intentaron separarse y fueron reprimidos. Los cultivadores de cacao siguieron discriminados vía el tipo de cambio oficial irrealista. Durante 1969-71 gobernaron los ashanti por medio de Busia, que aumentó el precio interior del cacao y devaluó. Derrocado por los militares, fue la última vez que los ashanti obtuvieron un precio de mercado por su cacao. En 1983 los productores recibían sólo el 6% del precio internacional del cacao. El peso del cacao en las exportaciones de Ghana bajó del 19% en 1955 3% en 1983. La polarización étnica mató a la gallina!

La desigualdad en la distribución de la renta o la tierra constituirían otros casos de polarización que retrasarían el desarrollo, al provocar mayores conflictos sociales. Easterly destaca aquí que los cocientes Gini de desigualdad son muy superiores en los países latinoamericanos que en Corea, Japón o Taiwan. Por consiguiente, los primeros habrían estado sometidos a conflictos redistributivos mucho más frecuentes y duraderos (Perón y Chaves se utilizan de ejemplo) y el crecimiento habría padecido, en contraste con los tigres orientales. El economista del desarrollo también recupera los argumentos de historiadores económicos como Sokoloff y Engerman, quienes contrapusieron la distribución de la propiedad de la tierra en las dos Américas.

La combinación de importantes diferencias étnicas y de ingresos sería el «cóctel» más explosivo para el crecimiento. Entonces el efecto negativo para los más pobres de las discriminaciones en el acceso a los servicios públicos, los sistemas de precios, el tipo de cambio, el crédito o la educación, acabaría distorsionando completamente los incentivos al crecimiento. El genocidio de estado (en países como Angola, Guatemala, Indonesia, Nigeria, Pakistán, Sudán, Uganda o el Congo) sería la consecuencia más extrema de la polarización.

El capítulo sobre la polarización es un buen broche para un excelente libro. Echo en falta profundizar algo más sobre los orígenes de la misma. Por ejemplo, en el caso de África el reparto colonial imperialista y el trazado de los posteriores estados artificiales habrían sido la causa principal de la disparidad étnica al forzar la unión entre pueblos que frecuentemente habían sido antagonistas históricos (hasta llegar a meter en el mismo saco a antiguos esclavistas y sus víctimas). Tampoco puede desligarse la polarización latinoamericana del modelo de colonización que ejercieron los ocupantes ibéricos.

En síntesis, un gran libro que deberían leer todos los economistas e historiadores. Aunque parte de la evidencia presentada no sea suficientemente robusta, la acumulación de casos y ejercicios empíricos realizados deja bien sentada la tesis. Quienes buscan explicaciones de tipo cultural o idealista para la pobreza de las naciones tendrán que trabajar duro para cuestionarla.

JORDI CATALAN